

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

# EL OCELOTL EN LA ISLA

DEL SUEÑO

ROJO.

por

KERIBERTO

Frias



MAUCCI H<sup>os</sup>

MEXICO



BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

---

**EL OCELOTL**  
**en la isla del Sueño Rojo**

por

**HERIBERTO FRIAS**



**MÉXICO**

**Maucú Hermanos.—Primera del Relox, 51**  
**1900**





## El Ocelotl en la isla del Sueño Rojo



Era la hora misteriosísima en que aparece en el fondo azul obscuro del horizonte la estrella melancólica, la triste y querida estrella que llaman los poetas «la estrella de la tarde».

¡Cuánto silencio, cuánta soledad, cuánta calma! Profundas tinieblas avanzaban por entre las lejanías del Oriente ó sea el Omecatl, pues así llamaban los mexicanos á ese rumbo del cielo por donde aparece el Sol.

La isla estaba melancólica. Apenas atravesaban los aires obscuras gaviotas, blancas palomas y negros cuervos marinos. Sordos graznidos estremecían el gran silencio.

. . . . .

¿Dónde nos encontramos?

Vais á saberlo. Escuchad.

¿Os acordáis de la linda y misteriosa Axempaxochitl, de aquella misteriosísima princesa que tanto amó á los príncipes aztecas, los últimos descendientes de la raza poderosísima de los mexicanos?...

Allí vivía hacía muchos años la bella Axempaxochitl. Allí, en la Isla del «Sueño Rojo».

Allí, en lo más intrincado de los bosques, estaba el humilde pero enorme jacal de la princesa Axempaxochitl, dentro de cuyo jacal se encontraba el pala-



cio enorme de los «Misterios Blancos».

La vida de la princesa era triste y casi desesperada.

¿Cómo no desesperarse si comprendía que se acercaba la hora en que los hijos del inmenso Anahuac entragaran sus armas, rindiéndose á los enemigos?

¡Y qué enemigos los que á las playas

del Imperio de Moctecuhzoma iban llegando en audaces naves! ¡Qué enemigos aquellos!

¡Habían inspirado pavor al Rey Moctezuma! ¡Iba á finalizar su imperio!

Iba el capitán conquistador Hernán Cortés á emprender su marcha desde las playas de lo que ahora se llama Veracruz, cuando lo detienen los embajadores últimos que había mandado el pusilánime y triste Moctezuma. Le detienen en el instante en que el noble español iba á partir.

—Espera, Gran Quetzalcoatl, espera, misterioso personaje divino, hijo de los dioses inmortales, nuestros padres; espera, ¡oh sí!, detén tu paso, divino Tecuh-tli, espera. Nosotros, enviados de nuestro emperador Moctezuma, te prometemos poderío, glorias, riquezas, oro y grandezas. ¡Pero en nombre de los dioses, en





nombre de tu padre Tonatihu el Sol, en nombre de tus grandes divinidades te rogamos y te exigimos que no sigas hacia adelante; espera unos días más, pues entonces nuestro emperador, vasallo tuyo, ordenará que te hagan una magnífica recepción como tú la mereces, hijo del Cielo, hijo de Quetzalcoatl y favorito

muy amado del enorme y tremendo Sol de Tonatihu!

Ante semejantes palabras, Hernán Cortés se contuvo; además tenía que descansar su gente aventurera, porque llevaba en las once naves infinidad de aventureros dispuestos á morir ó á volver á España, ricos, nobles y orgullosos.

—¡Nadie se mueva!—gritó Hernán Cortés.—Esperad.

Y así fué que esperando buenas noticias, Hernán se estuvo muchos días hasta que por fin se decidió á partir con su apresto rumbo á Tlaxcallan, desde donde seguirían valientemente hasta la misma capital de la robusta nación azteca. Estaba decidido á probar fortuna y á hacerse de riquezas.

Pero en Tlaxcallan era esperado con aprestos de guerra; todos sus hijos esgrimían las fuertes «macanas», y aun las

mismas mujeres prestaban sus cabelleras para que se utilizaran en los arcos de las flechas de batalla.

¡Sólo el miserable monarca azteca temblaba como una vil criatura! ¡Sólo él entre todos los mexicanos, alin entaba dentro de su corazón una humillante bajeza!

¡Sólo el emperador de México pretendía agasajar á los extranjeros! ¡El era el único que intentaba recibirlos con toda pompa y darles solemne bienvenida!

Los demás habitantes del vasto Anahuac protestaban furiosamente contra los recién llegados. Iba á prepararse una inmensa, una colosal batalla antes de que llegaran á México.

El conquistador español esperaba ansioso, creyendo tal vez que el mismo Moctezuma había de presentársele llevándole grandes cargamentos de oro...

¡de oro! mucho, mucho oro; porque era lo único que buscaban, lo que anhelaban aquellos hombres... ¡Oro... oro!... ¡Mucho oro!...

Pero volvamos á la misteriosa isla donde se encontraba dentro de su antiguo palacio la soberana princesa Axempaxochitl.

Había descrito á mis lectores su aspecto; es decir, un gran silencio, una calma y una soledad tranquila, pura y hermosa.

Soledad, calma, silencio, tristeza había en la superficie de la isla... ¡ay! Pero en su interior, dentro del jacal que ocultaba un subterráneo palacio construido con finísimos mármoles y corales régios; dentro se desarrollaba una verdadera tempestad.

Y sin embargo, aquella tempestad estallaba apenas entre dos personas, entre

dos personas que amaban la infortunada patria que tanto engrandeciera un día el gran Moctecuhzoma Ilhuicaumina.

Axempaxochitl era la princesa poseedora del palacio y el Caballero Tigre el Ocelotl quien le escuchaba con fervor.

Aquella le daba sus órdenes y el valiente capitán manifestaba estar dispuesto á obedecerlas. Bramaba el vendaval allá á lo lejos en las siniestras soledades de la isla. ¡Cuánto horror, cuánto silencio, cuánta melancolía!

—Audaz guerrero, tú que has dado prueba de gran fiereza y bravura, huyendo por entre los bosques y las sierras, vas á dirigirte de nuevo á las costas del Anahuac, donde en estos momentos se encuentran los extranjeros de los rostros blancos y las barbas crecidas. Es preciso que sepas que no son hijos del Sol, ni que son enviados por el venerable Quet

zalcoatli; no son sino hombres como nosotros, aunque vienen de un imperio más poderoso y más ilustre que el de Moctezuma. También en lo que son superiores es en su religión. que es grandiosa, justa y verdaderamente divina; desecha los sacrificios humanos y fué predicada por el Salvador del Mundo, quien murió en una cruz. Yo he sabido por los genios de estas islas que el imperio del cobarde Moctezuma será destruído por esos mismos extranjeros que se dirigen ya sobre Tenochtitlan. No hay más que resignarse á la voluntad del Dios único que gobierna el Universo; preciso es sufrir el castigo que ha impuesto á la raza azteca por la ferocidad sangrienta de los abominables sacrificios humanos. Pero es preciso que sucumba con valor, que muera con heroismo, que sea digna del valor heroico de sus abuelos, como descendientes

de Acamapitzin y Axayacatl. Antes de sucumbir es fuerza que luche, y yo quiero vivir hasta el día del fin del imperio. Siquiera que vea que desaparece con grandeza, honor y gloria como una fiera y poderosa águila herida por numerosos cazadores. Así es que quiero que ante todo empiece la lucha con los extranjeros blancos; vuelve á donde están, espíalos. sorprende su modo de combatir, sin ser visto por ellos. Y luego á toda carrera te diriges á Tenochtitlán bien disfrazado, y procura hablar con los príncipes y guerreros más nobles y patriotas levantando su heroísmo; diles que no es de mexicanos entregarse cobardemente á los enemigos de la patria; que salgan al encuentro de ellos y les opongan resistencia heroica, que si continúa en su cobardía el miserable Moctezuma, lo derriben del trono y elijan por Emperador de

los aztecas al bravo entre los indomables, al nobilísimo y egregio Cuahutemocztzin que es el que lleva el ilustre nombre de «Aguila». El llevará las huestes mexicanas á los combates cubriéndolas de gloria. El será inmortal; las nuevas generaciones lo han de aclamar y bendecirán su nombre, si continúa con la firmeza y el valor de siempre. Ve, pues, no te detengas; en la playa encontrarás una ligera barquilla con sus remos y provisiones para el viaje. Dirígete hacia la región por donde se recuesta el Sol. ¡Marcha y cumple tu sagrada misión, caballero Ocelotl!

. . . . .  
Así se expresó la gentil y maravillosa princesa en su palacio de los Misterios, allá en la encantadora Isla del «Sueño Rojo». El Ocelotl contestó, inclinándose al suelo, tocando el polvo con el dedo





índice y llevándoselo á la boca, como se-  
ñal de respeto y obediencia, murmurando esta sola frase:

—Iré, ilustrísima Princesa, y cumpliré tus órdenes hasta morir!

—Si así lo ejecutas, guerrero azteca, te entregaré sana y salvada á tu bella Huitmintxochitl «Flor de Inocencia» á,

quien protegeré siempre con todo el poder que me han legado los genios mis padres. ¡Ve, pues!

Partió aquella misma noche el audaz Ocelot; atravesó la melancólica y encantadora Isla del «Sueño Rojo», y en la playa se embarcó en la ligera barquilla, y bogando en medio de la tempestad se perdió en las tinieblas, rumbo al Poniente, hacia las playas del Anahuac.

¿Cumplió su sagrada misión de patriotismo en el campamento de Hernán Cortés?

Es lo que sabrán mis amables lectoritos si tienen la curiosidad de leer el siguiente episodio.

· · · · ·  
Véase el interesante é instructivo  
cuento

## HERNAN CORTES QUEMA SUS NAVES

continuación del presente.



- Historia de Meztlichotil  
Las Hazañas de Moctezuma  
El Estandarte Negro  
Un Sueño de Moctezuma  
La Muerte del rey Tizoc  
Los paraísos del Nuevo Mundo  
El juramento de Cuahutemoc  
Historia de la bella Mallitzin  
El Abismo de las Flores de sangre  
Diego Colón, el hijo del Genio  
El defensor de los Indios  
Las tres carabelas en pos del Nuevo Mundo  
La paloma de San Pedro  
La cruz de la espada  
La princesa Axempaxot Chitl  
La conjuración ante el huracán  
El guerrero Azteca  
Las fuentes del oro  
Los españoles en Yucatan  
El Aguila ante los hijos del sol  
El Embajador Ocelotl  
Los monstruos del Rayo  
El castillo del poder  
Hernán Cortés y sus primeras aventuras  
El ocelotl en la Isla del Sueño Rojo